CAPÍTULO XXXVI.

Para beber el agua mas pura menester es sacarla de la misma fuente. Transportémonos á los primeros siglos del cristianismo y veamos qué razon tienen los insidiosos censores de la devocion á María para decir que esta agua de salud y de vida ya no corre tan cristalina como en su fuente, habiéndose enturbiado y convertídose en un rio demasiado caudaloso, incorporándosele raudales de otras aguas inmundas. Remontémonos hasta la fuente, y comparando los principios con el proseguimiento, veamos si esta devocion se ha alterado, si ha degenerado en alguna supersticion viciosa, si merced al indiscreto celo de algunos fanáticos devotos ha ido tomando un escesivo ensanche. ¿Acaso es ahora mayor que en tiempo de los primeros cristianos, que bebian en la fuente? Este exámen nos hará ver una diminucion harto notable en la devocion á María, y habrémos de confesar para vergüenza nuestra que los mas vehementes arranques de nuestro amor para con ella no son mas que tiblieza y frialdad en parangon con el celo de los primeros cristianos. La devocion á María nació el mismo dia que la Religion cristiana, y jamás se ha venerado en el mundo al divino Salvador sin que al propio tiempo se haya amado á su querida Madre. El mismo Jesus que instituyó la Religion cristiana, fué el maestro de la devocion á María, él fué el primero que la practicó. Sé que no debe llamarse devocion la natural ternura de los niños para con sus madres; pero cuando se habla de un Dios-niño, cuyas acciones eran divinas y humanas, ¿nó me será permitido decir que siempre practicaba la devocion para con Dios su

Padre y para con su Madre dulcísima y de una manera tan escelente y sublime, tan respetuosa y afectiva, tan fervorosa y tan tierna, tan eficaz y perfecta que confiadamente aseguro que no ha existido ni existirá otra persona tan devota de María?

Esta devocion nace entre los dulces abrazos del Hijo y de la Madre. ¡Oh Jesus niño, cuán devoto sois! Vuestro Padre y vuestra Madre son el blanco de vuestra afectuosa y ejemplar devocion. Solo vos sabeis la devocion que teniais para con vuestro Padre, porque los hombres no somos capaces de comprenderla; mas para darnos ejemplo habeis querido manifestarnos la devocion que teniais á vuestra Madre. ¡Oh Dios de amor, cuán tierna y cordial era! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre, veros pendiente de su cuello, acariciarla tiernamente, ó correr á ella con los bracitos abiertos, precipitaros festivo entre los suyos, é imprimirle en la celestial mejilla mil de esos regaladísimos besos de vuestros labios divinos! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre veros tan enamorado de su angelical hermosura que parece que no teneis corazon sino para ella! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre el ver que esas caricias y ese amor tan volcánico son de un niño Dios, que en todo se gobierna con infinita sabiduría!

Cuando dejasteis de ser niño, quisisteis mostrar que esa vuestra devocion crecia con los años; siempre estabais con ella, á todas horas le pediais lo que os hacia falta, á ella sola recurriais, despues de vuestro divino Padre, toda vuestra confianza estaba puesta en ella: despues de los supremos honores que aquel os exigia, no teniais tiempo, no teniais hora, no teniais momento, no teniais alma ni corazon sino para amarla, obedecerla y servirla, gastando treinta años enteros en tan santo ejercicio.

Si en los tres que empleasteis en la grande obra de la redencion del mundo, no estuvisteis tan asido de ella; si no le disteis tan sensibles pruebas de vuestra devocion, si alguna vez no le hablasteis con demasiada ternura, tratándose de la gloria y del servicio de vuestro eterno Padre, para instruir-

nos con vuestro ejemplo que por mucho que amemos á María, Dios le ha de ser antepuesto; para manifestarnos que vuestra devocion á la Señora estaba profundamente arraigada en lo íntimo de vuestra alma, y que la conservabais hasta el último suspiro, estando próximo á exhalarlo en la cruz, en aquel momento en que tan altamente haciais resplandecer vuestro amor para con toda la Iglesia, tambien quisisteis poner de manifiesto vuestra particular devocion á vuestra Madre; la igualasteis por tanto y aun la preferisteis á toda la Iglesia, pues si el cuidado de toda vuestra Iglesia lo encomendais á un apóstol, exigís para sola vuestra Madre la solicitud y la ternura del mas querido de vuestros apóstoles, empeñándole á que la honre y la sirva como á verdadera madre. ¡Oh adorado Jesus! ¿Por qué todos los cristianos no os toman por modelo, habiéndoos dignado ser particularmente en esto nuestro divino prototipo? ¿Nó nos dejasteis en lugar vuestro dándonos el mismo nombre que teniais vos respecto á ella, con el fin de que siguiésemos desempeñando las funciones de hijo, que tan perfectamente desempeñabais vos? ¡Ay dolor! ¡Cuán mal cumplimos vuestro último precepto, el último encargo que nos hicisteis muriendo por nuestro amor en el lecho del tormento!

Jesucristo estableció esta devocion en su Iglesia al mismo tiempo que establecia la religion cristiana en el mundo, queriendo que ambas sean inseparables y se perpetúen hasta el fin de los siglos: él fué quien la inspiró á los Apóstoles para que la estendiesen donde quiera llegáran á predicar el Evangelio. San Pedro, príncipe de los Apóstoles, fué el primero que hizo particular memoria de la Reina del cielo, cual lo manifiesta la liturgia que dejó á la Iglesia Romana, como lo atestigua Leon III, y despues de él Santo Tomás; el mismo Apóstol consagró la primera iglesia en Trípoli á honra de la Santísima Vírgen, antes de que esta Señora se remontase á los cielos, como lo asegura Volaterrano en el libro segundo de su geografía.

El apóstol Santiago en la misa que compuso, hace varias veces mencion muy honorífica de la Vírgen, á quien llama

mas preciosa que los querubines, mas gloriosa que los serafines, y despues de prodigarle otras muchas alabanzas, añade estas palabras: *Hagamos memoria de la Santísima, inmaculada, gloriosísima, bendita, Señora nuestra, Madre de Dios.* En España edificó el mismo Apóstol en su honra una iglesia, que aun hoy se llama Nuestra Señora del Pilar.

Ya se deja entender que á todos sus compañeros escederia en el amor de María el Benjamin de Jesucristo, San Juan Evangelista, que tuvo la dicha de recibirla muy particularmente por madre. Leed las actas del Concilio general de Efeso, y veréis que este grande Apóstol hizo edificar otra iglesia en honra de la Vírgen; y se cree que los demás Apóstoles hiciesen otro tanto, cumpliendo con lo que exigia de ellos el deber de fieles misioneros de Jesucristo para estender por do quiera su santa devocion segun las instrucciones que todos ellos recibieron de su divino Maestro.

Hemos visto que esta devocion dulcísima cuenta la misma antigüedad que la Iglesia, que fué establecida por el mismo Jesus y propagada por los Apóstoles. La Iglesia heredera del espíritu de su adorable Fundador, siempre la ha predicado, profesado, practicado y defendido con aquel celo con que defiende las cosas mas esenciales de la religion: ha compuesto un oficio para cantar todos los dias sus alabanzas: ha instituido muchas fiestas solemnes para honrar los principales misterios de su vida, su Concepcion, su Natividad, su Presentacion al templo, su Anunciacion, su Visitacion, su Asuncion y coronacion en el cielo: ha congregado Concilios generales para defender su divina maternidad contra los herejes, que pretendian arrebatarle esta gloria: por último ha fabricado magníficos templos en su honra, dedicándoselos especialmente y consagrándolos á su culto y poniendo en práctica todos los medios posibles para encender en los fieles el sacratísimo fuego de su amor.

Si tratásemos de investigar cuán ardiente y operativa fué la devocion de los primeros cristianos á la Santísima Vírgen y el celo de sus sucesores; no teniamos mas que tender la vista sobre esa innumerable multitud de iglesias fabricadas

bajo su advocacion en toda la cristiandad, admirando su amplitud y su magnificencia, contar el número de los obispados, de las catedrales, de las colegiatas y grandes abadías que le están consagradas. ¡Qué no dicen tan augustos monumentos, qué no dicen de la estraordinaria devocion de nuestros padres para con la Emperatriz de la gloria! Veamos si esta devocion se ha aumentado en nuestros tiempos, y si deberémos quejarnos de que ha llegado á rayar en lamentable esceso: dígasenos si sus devotos toman á su cargo el edificar ahora iglesias en honra suya, tan magníficas como aquellas que nuestros antepasados fabricaron en los cuatro ángulos del mundo, ó el fundar abadías ó el dotar cabildos de catedrales. ¡Ah cuán lejos estamos de amar á esta Señora como la amaban nuestros mayores!

No haré mencion de los innumerables oratorios y capillas dedicadas al culto de María Santísima, que tan famosas se han hecho por la multitud de sus milagros; pasaré en silencio el prodigioso número de cofradías erigidas con el fin santo de venerarla muy particularmente, algunas universales como la del Rosario y la del Cármen y otras en ciertos lugares célebres por su devocion; nada diré de las muchísimas órdenes religiosas de uno y otro sexo, espresamente instituidas para honrarla en especial manera, pues solo para enumerarlas seria menester dilatado tiempo.

Y seria preciso un libro entero para anotar solamente los nombres de todos los Santos que se han distinguido por su afecto á María, porque no deberia dejarse ninguno. Quien intentase transcribir tan solo algunas de las palabras que han escrito para espresar sus sentimientos de estimacion, de respeto, de amor, de ternura, de celo inflamado por el divino fuego que tenian para con ella, jamás acabaria. De esta suerte se cumple la profecía, que hizo ella misma en su cántico: «todas las naciones me llamarán bienaventurada: *Ex hoc enim beatam me dicent omnes generationes.*

CAPÍTULO XXXVII.

Distínguense dos especies de devociones, la perfecta y la imperfecta. La devocion perfecta, inseparable de un verdadero amor de Dios, practicándose y conservándose hasta el fin, es una prenda segura de salvacion, aunque solo se dirija á un Santo particular; pero mucho mas si se encamina á la Santísima Vírgen, porque en este caso tiene un objeto incomparablemente mas noble que todos los Santos de la corte celestial.

La devocion imperfecta, que no encierra el perfecto amor de Dios y que fuera de muy poco valor si solamente se dirigiese á algun Santo, es muy poderosa cuando se endereza á la Reina del cielo; poderosa no para dar una seguridad de salvacion, sino para que se conciban buenas esperanzas por ella, en especial cuando vá acompañada de un sincero deseo de convertirse. Hé aquí las razones en que me fundo para pensar de esta manera.

Primera: nuestra santa madre la católica Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, no la invoca en vano como á refugio de pecadores: *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* Sé que el divino Jesus es el remedio primero y omnipotente de los pecadores, pero el segundo es María, la cual abrigando para con ellos en su amoroso corazon los mismos sentimientos que su celestial Hijo, los ama, se compadece de su miseria y desea y procura su salud con mas empeño y eficacia que todos los otros Santos aunque se coligasen en la gloria para formar un poderoso ejército de oraciones.

Fúndase mi segunda razon en la incomparable dignidad de Madre de Dios, y digo que este Señor no quiso que ella fuese madre del Salvador de los pecadores sin hacerla al mismo tiempo la madre de su salvacion, siendo aquellos los *Benoni*, los hijos de su dolor, que ella dió á luz en medio del océano de su tribulacion. San Juan en su *Apocalipsis* espresa esta verdad de una manera grandiosa. Despues de haberla representado como un gran signo que apareció en el cielo, á saber, una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus piés y en la cabeza una corona de doce estrellas, añade que estaba en cinta y que padecia los agudísimos dolores del parto, quejándose á voz en grito : *Et in utero habens clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat.* ¿Mas cómo puede ser esto? No son ciertamente los dolores del divino parto, del cual nació Jesus, porque toda la Iglesia cree con Santo Tomás que no solo le dió á luz sin dolor, sino que esperimentaba en aquel acto un gozo purísimo y sensible. Debe pues entenderse de los malos hijos que lleva en sus entrañas, por la compasion que le causan sus lastimosas miserias. Los pecadores en efecto son los que con sus culpas la atormentan haciéndole sentir los cruelísimos dolores de acerbo parto hasta que con su poderosa intercesion les dá la vida de la gracia, formando en ellos una preciosa imágen de su Hijo : *Donec formetur in vobis Christus.*

La tercera razon es que la Señora está en algun modo obligada á amar á los pecadores, porque estos son por lo menos una ocasion de que el Altísimo la haya ensalzado soberanamente haciéndola su madre, como quiera que si no hubiese habido pecadores que salvar, no hubiese habido un Salvador, ni era posible que hubiera una madre del Salvador que no existia. Ella suministró de su propia sustancia esa materia deificada con que habian de redimirse, la carne adorable que padeció los tormentos de la pasion, la preciosísima sangre que regó la montaña del Gólgota. Por lo cual todos los Santos Padres dicen á una voz que María contribuyó con Jesucristo á la redencion de los pecadores, que reparó lo que Eva destruyera, que ella es la redentora de los cautivos

y la salud de todos, que es la reparadora del siglo y la luz del mundo. Así es que manifestó ella misma á Santa Brígida cuáles eran al pié de la cruz sus sentimientos, y cuánto contribuyó con su amado Hijo á la redencion de los pecadores. Hé aquí sus palabras de dolor y ternura : *El dolor de Jesucristo era el dolor mio, porque su corazon era mi corazon.*

Añádase á esto, y sirva por cuarta razon, la multitud de esperiencias y auténticos ejemplos, de que está lleno el mundo, de la proteccion particular que dispensa esta Madre de misericordia á los mas grandes pecadores cuando recurren á su patrocinio. Son infinitos los que ha librado de la perdicion eterna, en que se iban lanzando desatentadamente. Pedro Damian le atribuye la maravillosa conversion del buen ladron : ¿cómo es, dice, que no se convirtió cuando acompañaba á Jesucristo desde Jerusalen hasta el Calvario, llevando al hombro su dolorosa cruz? ¿Por qué esperar que estuviese enclavado en aquel leño de muerte para pedirle su bendicion? Por dicha suya se halló la Santísima Vírgen al pié de la cruz del Salvador, y al lado de la de aquel infeliz : las miradas que Jesus le dirigia, y las que él dirigia á Jesus, pasaban por la Madre de misericordia, y ella intercediendo por él cuando ya iba á pasar del suplicio temporal al eterno suplicio, obtúvole la gracia de subir á coronarse en el reino de la gloria : *Tunc ex latrone factus est martyr, cum pro eo Maria deprecabatur.*

¿Quién ignora la admirable conversion de Santa María Egipciaca debida á la abogada y refugio de los pecadores? ¿Quién no sabe la historia de aquel famoso Teófilo, á quien María arrancó de las mismas puertas del infierno, como refiere San Antonino y cuentan otros autores? Quien pretendiese narrar los ejemplos de esta naturaleza, habria de componer muchos y muy abultados volúmenes : dejando la tarea de leerlos en otros autores á los que gusten de ello, pasemos á presentar las dulces y amorosas palabras, que dijo ella misma á Santa Brígida : «Yo soy la Reina del cielo, la Madre de la misericordia, el júbilo de los justos, la abogada de los pecadores para con Dios : no hay en el purgatorio pena alguna

que no se temple y suavice por mi intercesion : no hay hombre tan maldito de Dios que enteramente se vea privado de mi misericordia mientras vive, porque yo impido que los demonios le tienten con mas ímpetu y rudeza, como lo harian si no fuera por mí. No hay nadie que tan lejos esté de Dios (si ya no está irremisiblemente sentenciado al infierno), el cual si me invocáre, no vuelva á Dios y alcance su misericordia.»

De aquí concluyo ser infalible que la devocion á María aun cuando fuere imperfectísima, será siempre sumamente ventajosa á toda clase de pecadores, y que deberá darles no pequeña esperanza de salvacion cuando la practiquen con deseo de convertirse y con el fin de lograrlo por tan buena Medianera.

Pero á los que confian salvarse aunque perseveren en sus culpas por tenerle alguna devocion, no me cansaré de gritarles que se engañan miserablemente, que su pretendida devocion no es una señal de predestinacion, si la toman para abandonarse con mas sosiego al pecado.

De todo lo dicho resultan tres verdades. 1.ª Que la verdadera y perfecta devocion á la Santísima Vírgen, que encierra un grande amor de Dios, asegura la salvacion de cuantos perseveran en su práctica hasta el fin de la vida. 2.ª Que la devocion imperfecta, la cual no tiene este perfecto amor, pero que lo desea y se toma como un medio de alcanzar de Dios por intercesion de María la gracia de la conversion, dá muchísima esperanza, aunque no seguridad de salvacion eterna. 3.ª Que la devocion sin amor y sin deseo de amor, mientras se persuade que para tener seguridad de ir al cielo bastan algunas señales esteriores de una tibia devocion á la Reina del empíreo, es engañosa, es falsa, es sobrado temeraria.

CAPÍTULO XXXVIII.

Para que la devocion á María sea verdadera es preciso que viva y reluzca dentro y fuera del hombre, que esté en el corazon y se ostente en las obras, que los pensamientos sean piadosos y santas las acciones. Así como es positivo que el cuerpo humano es una parte integrante y esencial del hombre, del mismo modo es indudable que las prácticas esteriores son necesarias á la integridad y esencia de la devocion. Si alguno con el pretesto de honrar al hombre quisiese quitarle el cuerpo diciendo que no es de su esencia, que es una materia corruptible y un cuerpo animal como el de las bestias; que el hombre consiste todo él en lo interno, donde tiene un alma espiritual y eterna; con razon se le responderia : destruís al hombre quitándole el cuerpo, como lo hariais si le quitaseis el alma, porque ni el cuerpo ni el alma son el hombre cada uno de por sí. Si quereis tener un verdadero hombre es preciso que unais el alma con el cuerpo. De la misma suerte si dijere alguno : la verdadera devocion no consiste en lo esterno, lo cual no es mas que un conjunto de acciones corporales; en lo interno ha de estar la devocion, allí donde el alma practica los actos sobrenaturales de la religion, se le responderia : destruís la devocion quitándole las ceremonias esteriores, del mismo modo que la destruiriais quitándole los sentimientos internos.

Para que la devocion á María sea verdadera y perfecta, es menester, vuelvo á decir, unir lo interno con lo esterno, los sentimientos del alma con las acciones del cuerpo; porque